

LA PAVOROSA CASA DE LOS USHER

Para romper con la rutina de la vida vespertina de Felipe Carrillo Puerto, un día invité a Chanita y a mi cuñada María al cine, pues milagrosamente había función y la película era “La pavorosa casa de los Usher”

Yo no conocía la sala del cine más que por afuera, pero el film era un clásico del terror con Vincent Price, especialista en esos temas. La historia estaba basada en el cuento “La caída de la casa Usher” de Edgar Allan Poe, padre de las historias terroríficas.

La velada prometía ser muy interesante, dado a lo que íbamos a ver. Primeramente descubrí que la sala era una estructura de madera, una especie de galerón grande, con techo de lámina de zinc. Los asientos eran unas rústicas bancas de madera, de unos tres metros y medio de largo, la pantalla daba idea de ser una sábana pintada con acrílico blanco. No tenía cielo y por eso se podían ver las viguetas de soporte a lo largo de la construcción. Aquella noche descubrí varios detalles curiosos: dentro del grupo de asistentes, unos treinta, entre jóvenes y adultos, hombres y mujeres, había tres grupos. Los que consumían pepitas de calabaza, expandidas por un chamaco, con su característica bolsa de manta, otros, mascadores de chicle natural que se solazaban tronando las burbujas que hacían al mascar y los terceros, como nosotros, que sólo llegamos a disfrutar de la función (gustar, como le dicen los lugareños), sin consumir pepitas, al principio, porque luego, con lo emocionante de la película, nos adherimos al grupo de aficionados a consumir las semillas tostadas de calabaza. Se apagó la luz y el cácaro de turno, empezó a proyectar la cinta cinematográfica y todos nos adentramos en el tema. El consumo de semillas y la tronazón de burbujas iban acordes a la trama. Para darle a Chanita cierta seguridad, pues el pavor estaba manejado muy en serio, pasé mi brazo derecho sobre su espalda y la acerqué con mi mano apoyada en su hombro.

Para darle más ambiente al momento, dos ratas, que parecían conejos, cruzaron sobre una viga y a cual más se sobrecogió, motivado por lo que se estaba proyectando, y en el clímax, en el momento en que la víctima sacaba la mano del ataúd donde el mañoso de la historia, iba a enterrarla, mi cuñada María se prendió de mi mano y me zampó tremenda mordida. Mi alarido provocó que detuvieran la proyección y encendieran las luces, y todos, incluyéndome, con todo y mi dolor, sentimos alivio por el incidente que pocos entendieron, pero dieron gracias por el breik que nos permitió tomar un respiro